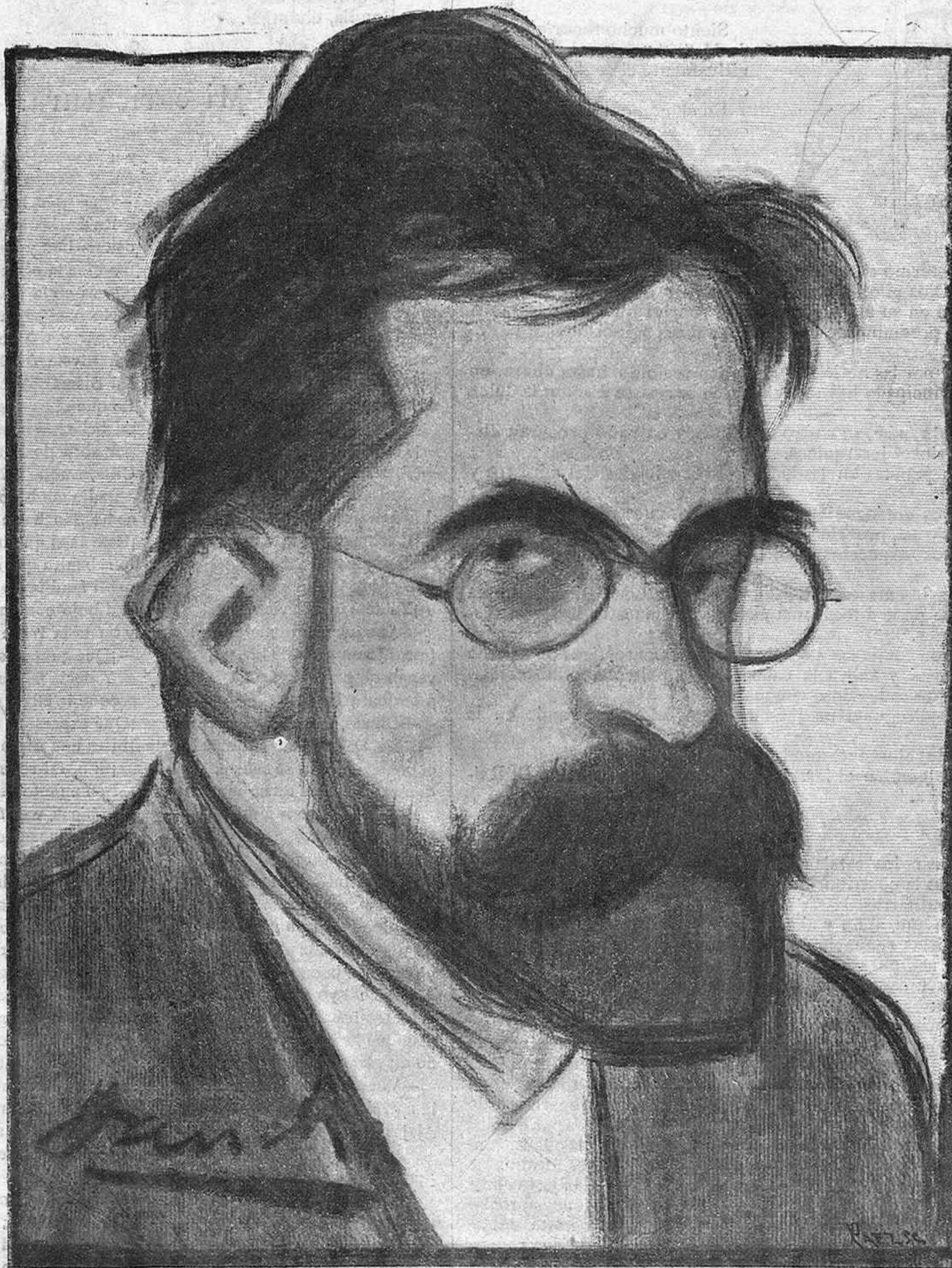




# Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

Juan Pérez Zúñiga, Caricatura de SANCHIA



Cojan á bulto un *papel*  
con su firma, y hallarán  
de *vis cómica* un plantel.  
Este sí que es un Don Juan  
que no hay quien pueda con él.





## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Mi caricatura, por Juan Pérez Zúñiga.—La sobrina del Papa, por Eladio de Lezama.—Íntimas, por Francisco Flores García.—Palique, por *Clarín*.—Cosas que pasan, por Ramón Asensio Más.—Anuncio libre, por Eduardo de Palacio.—Tête-à-tête, por Félix Limendoux.—Paris al vuelo, por *Fray Candil*.—Fruslerías, por Alberto Casañal Shakerly.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Juan Pérez Zúñiga, caricatura de Sancha.—¡¡Plancha!! por V. Tur.—¡A la pelea!, por Sancha.—Dime cómo viste, te diré quién es, por Leal da Camara.—Modas, por Cilla.—Puntualidad, por Sancha,



## DE TODO UN POCO

Siento mucho tener que salir de Madrid sin ver resuelto definitivamente el conflicto de Barcelona.

En el momento de empezar a escribir el presente artículo, todavía no se sabe si han pagado todos los apreciables morosos, y yo me veo en la necesidad de marcharme a Sevilla llevando la duda en el alma.

Hubiera querido poder decir

á la hora de meterme en el tren:

—¡Gracias, Dios mío! Ya vuelve á ser feliz D. Raimundo. Ya se dibuja de nuevo en su faz la encantadora sonrisa que le ha conquistado un puesto preeminente entre los hombres agraciados de la Península.

Pero á juzgar por las noticias que se han recibido hasta ahora, en la capital del Principado hay todavía quién se resiste á soltar la dulce gaita.

Don Raimundo sufre, su rostro se nubla, y en vano procuran distraerle sus inferiores jerárquicos.

Uno de ellos penetra en las habitaciones oficiales del ministro y le dice:

—Señor, no os entreguéis á la melancolía, vuestros planes financieros, digámoslo así, prevalecerán al fin y al cabo. En el interin, aquí estamos nosotros dispuestos á endulzar las horas de vuestra existencia...

Y el funcionario extrae del bolsillo del gabán una flauta, la limpia con esmero y se pone á tocar una melodía del maestro Latérez, discípulo de Wagner.

Don Raimundo comienza á sentir los efectos narcóticos de aquella música modernista y apoya la cabeza en la poltrona ministerial... Después oye un cadencioso ronquido.

—¿Duerme?—Pregunta un jefe de negociado penetrando en la habitación.

—Como un ángel—contesta el flautista.

Y después de guardar el instrumento, besa en la frente á D. Raimundo y se retira.

Si presenciaran los catalanes los sufrimientos del ministro, ya hubiesen pagado la contribución y hasta le hubieran enviado un talleo lleno de butifarras.

Confíemos en que, al fin y al cabo, todo se arreglará buenamente y que los catalanistas renunciarán á declararse autónomos corrosivos.

Ojalá suceda así, pues no me gustaría nada estar en Sevilla completamente descuidado y recibir carta de un tío que tengo en Barcelona diciendo:

«Querido sobrino: tengo el gusto de participarte que desde ayer á las cuatro y media somos autónomos completos todos los vecinos del barrio de Escudillers. Al principio se había pensado en declarar la autonomía *universal catalana*; pero después hubo quien no se conformó con esta tendencia absorbente y convinimos en segregarnos todo lo posible, de modo que nos hemos constituido en cantones por barrios con absoluta independencia unos de otros, á fin de cortar la odiosa centralización que nos ha estado *corroyendo* hasta el martes último.

»Probaremos el nuevo sistema durante ocho ó diez días y si vemos que no somos bastante independientes por barrios, entonces proclamaremos la autonomía por calles y así sucesivamente hasta declararnos autónomos unipersonales. Entonces cada casa será una región *ii*, como si dijéramos, un estado libre. Yo, verbigracia, resultaré presidente de la república de mi casa y tu tía gobernador del Estado.

»La cuestión es evitar que se absorban mis productos y los de tu tía. Que cada cual viva de lo suyo y se satisfaga asimismo las contribuciones.

»Ahora lo que temo es que tu tía pretenda también declararse cantón independiente y quiera vivir sola en su cuarto, huyendo de la centralización conyugal.

»De todas maneras, los catalanistas hemos dado un gran paso en el camino del progreso.

»Sabes te quiere tu tío y presidente de la república de la calle de Escudillers, 154, segundo,—*Aquilino*».

Estas tendencias nuevas van haciendo camino en España y ya se dice que los de Soria se quieren separar también de nosotros.

Hay allí un joven grabador con ideas avanzadísimas, que prepara unos sellos en que aparece Soria representada por una matrona con mantón, sentada en el suelo y haciendo mantequilla. Al pie de la matrona se lee esta inscripción: *Soria para los sorianos. Autonomía ó muerte.*

Lo que temo es que durante mi ausencia, se declare autónoma la provincia de Madrid y después el distrito del Congreso y después la calle del Príncipe, donde tengo mi domicilio.

Quién sabe si á mi vuelta me harán pagar derechos por entrar en mi casa.

—No se puede pasar—es posible que me digan.

—¿Por qué?

—Porque en el Estado independiente de la calle del Príncipe, hay que satisfacer derechos de importación personal.

—¿Quién ha dispuesto semejante cosa?

—El gobernador del Estado.

—¿Y quién es ese gobernador?

—Bonilla, el óptico.

LUIS TABOADA

## Mi caricatura.

A poco de despertarme la otra mañana, sentí llamar á la puerta y vi que entró la Irene á avisarme.

Al punto la pregunté:

«¿Quién es?» Y dijo la Irene: —El señor Sancha, que viene preguntando por usted.

—Pues, hija mía, no puedo caer en quién es el tal.

¡Sancha!... ¿Será el Cardenal Arzobispo de Toledo?

—Dice que es el dibujante.

—¡Toma! ¿El caricaturista?

—Sí, señor.

—Pues anda, lista, dile que pase adelante.

Sancha entró; le saludé,

carbón y papel sacó

y al punto le dije yo:

—¡Ya sé á lo que viene usted!

—Aunque siento molestarle

(me dijo en tono de broma)

vengo de parte de Loma

á caricaturizarle.

—Bueno; tome usted asiento.

—Pues, D. Juan, cuando usted guste

comenzaré... No se asuste,

que esto es cosa de un momento.

Él se puso frente á mí,

yo fijé mi vista en él

y sobre el terso papel

hizo un dibujo hasta allí.

Él decía:—Hágase atrás...

y perdone mi franqueza.

¿Quiere usted alzar la cabeza

y cerrar la boca más?

A lo cual yo respondía:

—La tendré siempre cerrada.

¡Aunque la vea copiada,

no diré *esta boca es mía!*

—Voy á tomarle en un vuelo

la nariz, que es seductora.

Ajá.

—Bueno, y ahora

¿qué va usted á tomarme?

—El pelo.

—Muchas gracias.

—Pronto acabo.

¡Concho!

—¿Qué es eso?

—Un descuido:

que las gafas me han salido

detrás de los ojos.

—¡Bravo!

—Sólo falta una sonrisa

y un toquecito al bigote...

Ea, ya estamos á flote.

—Pues lo ha hecho usted bien deprisa.

En fin, en media mañana,

con carbón y con soltura

me hizo la caricatura

que va en la primera plana.

No sé si en mi efigie hermosa

me parezco á San José,

ó á Silvela, ó á Noé,

ó á Bismark, ó á la Fragosa.

Lo que sé es que aunque en un brete

mi belleza se encontró

por obra de Xaudaró

Cilla, Luque y Navarrete,

nadie me ha puesto hasta hoy

como Sancha: no por cierto.

¡Este es el que ha descubierto

lo rebonito que soy!

Mi familia de hito en hito

el dibujo contemplaba

y hasta la Irene exclamaba:

—¡Qué guapo está el señorito!

Y decía la verdad,

porque la efigie es preciosa.

¡Qué expresión más candorosa!

¡Si es una divinidad!

¡Si el tal rostro es seductor!

¡Si en cuanto lleguen á verme

las chicas, van á lloverme

declaraciones de amor!

Mas va á tirarse una plancha

la que venga á hacerme el oso

y no me halle tan hermoso

como me ha pintado Sancha.

Yo que horroroso me creo

y de serlo no me río,

pues una vez hasta un tío

me desheredó por feo,

exclamo hoy con alegría

al ver mi caricatura:

¡Si soy una miniatura!

¡Si soy una monería!

Y no es raro, al verme aquí

con cara tan hechicera,

que se le antoje á cualquiera

tomarme por una huri.

Esto, Sancha, es un favor,

que jamás olvidaré,

puesto que hace ver usted

con su ingenio superior,

que soy al cabo y al fin

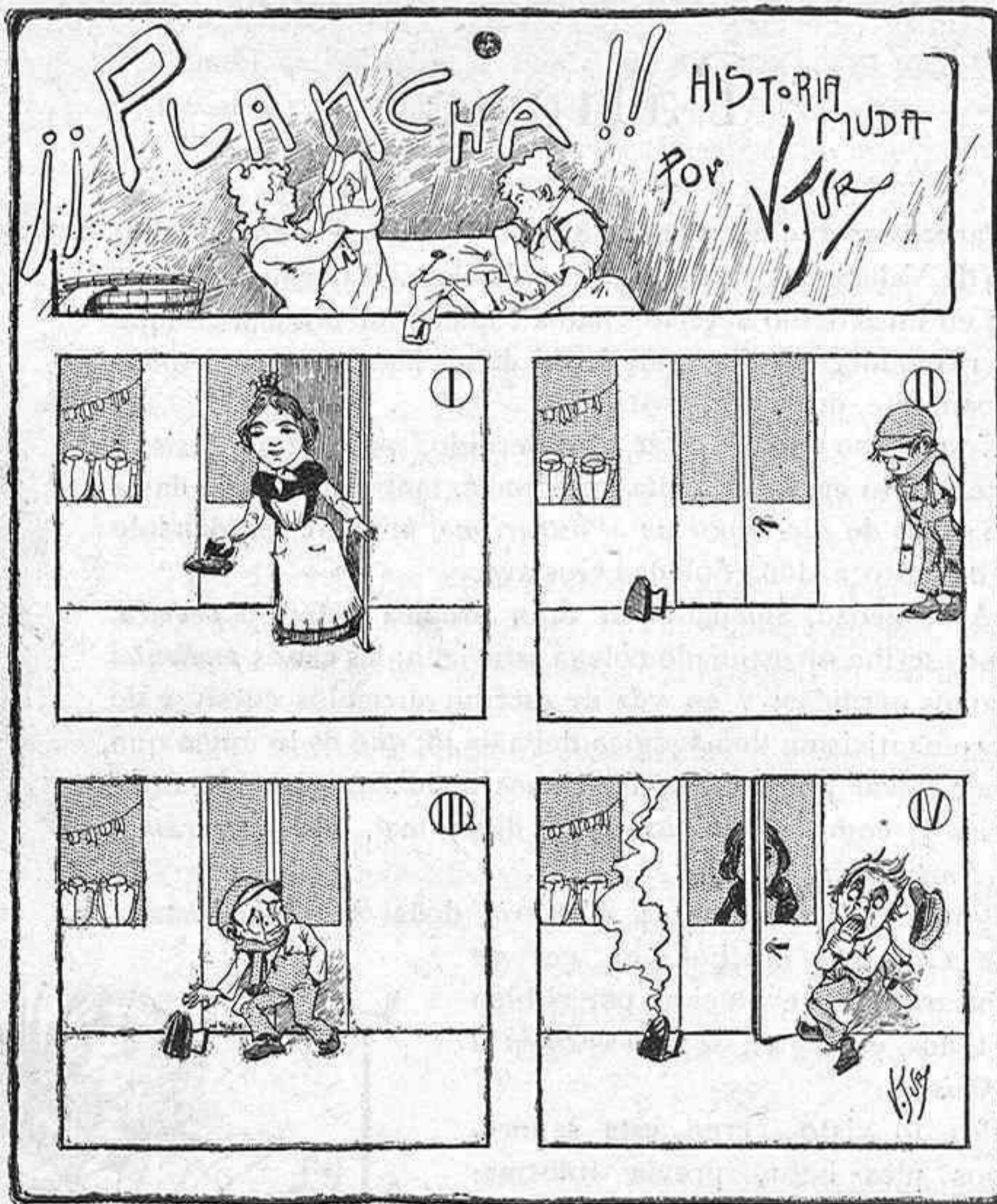
(¡como quien no dice nada!)

más hermoso que Taboada,

que Luceño y que *Clarín*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA





## La sobrina del Papa.

CUENTO DE AMOR

La primera vez que la ví, fué en la calle de Sevilla. Iba sola y todos se volvían para mirarla: los hombres, admirados, las mujeres, con envidia.

Alta, esbelta, blanca y rubia, con un traje azul y un sombrero adornado con grandes plumas blancas, te aseguro, lector, que daba la hora.

A mí me dió un vuelco el corazón y me quedé absorto contemplándola. Pero, ¡ay! cuando más fascinado estaba por aquella espléndida visión, la espléndida visión subió a un coche de alquiler sin cuidarse mucho de que en la ascensión guardaran un riguroso incógnito sus piernas.

Esto fué para mí el golpe de gracia. Aquellas piernas que, merced a las medias negras, destacaban vigorosamente sus elegantes y voluptuosos contornos sobre la blanca enagua, se grabaron para siempre con rasgos de fuego en mi memoria.

Yo no he visto las famosas piernas de la Diana cazadora más que en yeso, pero a mi juicio, mi Diana del coche pesetero, aventaja a la diosa en ese punto, aunque las medias negras le dan el aire de haber tomado pediluvios de tinta.

Pero voy a correr un velo sobre estas voluptuosas imágenes para proseguir mi historia.

Cuando ví que mi hermosa incógnita se metía en un simón y que al marchar me disparaba, como la flecha del Partho, la imagen de sus piernas, bien se me ocurrió que yo debía tomar un *fiacre*, diciendo al cochero: «Sigue aquel carruaje, veinte francos de propina.» Yo no recuerdo si por allí había esos *fiacres*, que tan a punto hallan en los folletines a medio traducir, los personajes de novela; lo que sé de fijo es que a la sazón no tenía yo en mi bolsillo, no digo veinte francos, ni siquiera una peseta.

Esta fatal circunstancia, me impidió correr tras de mi rubia. En la pena que sentí al verla desaparecer, formé el propósito de buscarla por todo Madrid y no cejar en mi empeño hasta dar con ella.

Así lo hice. Arrebatado por mi repentina y violenta pasión, desde aquel día me dediqué a recorrer calles, paseos, cafés, teatros y todos los sitios en que me parecía posible encontrarla. Apenas divisaba en cualquier parte unas plumas blancas, echaba a correr tras ellas atropellando a la gente y sin reparar en el riesgo de que me aplastase un tranvía. Los encontrones que sufrí y los empujones que me dieron, no son para contados; tampoco he de contar las muchas veces que me llamaron pedazo de animal y bruto.

Un día que, como siempre, iba yo pensando en ella, pasó de pronto por delante de mí un carruaje en el que vislumbré dos señoras, un sombrero con plumas blancas, adornos de encaje y otros arreos femeniles. «¡Ella es!» Dije para mí, y sin encomendarme a Dios, me lancé tras el coche, que por cierto iba a buen paso. Corrí, lo alcancé, y asomándome a la portezuela, ví con horror que había tomado por mi rubia al ministro de Fomento que iba de gran uniforme a Palacio con el Patriarca de las Indias.

Aunque me llevaron a la prevención por de pronto, este percance no me hizo escarmentar y proseguí mis pesquisas cada vez con más ardor.

A pesar de que el verdadero amor es tímido y reservado, decidí franquearme con algunos amigos, para ver si me ayudaban en mi empresa. «Por las señas, me decía uno, esa dama que buscas debe

ser la que trabaja en el Circo con dos cerdos amaestrados.» «Yo creo, añadía otro, que a esa señorita la he oído cantar en el teatro de la Primavera unos *couplets*, buscándose una pulga.»

Tales suposiciones me parecieron absurdas, refiriéndose a una dama que, a mi juicio y echando por lo corto, cuando menos debía de ser condesa. Bastante más juiciosa y acertada hallaba yo la opinión de un caballero andaluz, compañero mío de posada. Según éste, todas las señas de mi hermosa incógnita eran exactamente y sin variar un punto las de una dama muy ilustre con la cual había hecho el viaje a Madrid desde Sevilla. Esta ilustre dama, al decir de mi andaluz, era nada menos que una sobrina de Su Santidad, que había venido a España en compañía de un hermano encargado de traer al obispo de Coria la birreta cardenalicia. «Créame ozté, decía el sevillano con la mayor seriedad; no pué zer otra.»

Al principio la cosa me pareció probable y luego la tuve por segura. Aunque con esto me era ya más fácil encontrarla, preciso me fué interrumpir mis pesquisas por unos días, pues con tanto correr de una parte a otra, recibiendo chaparrones y tomando frío, me había dado una fluxión a la boca y tenía un carrillo muy hinchado.

Pero, ¡lo que son las cosas! una noche que para cierto asunto había salido yo de casa llevando mi carrillo hinchado cubierto con un pañuelo, al pasar por la calle de Alcalá me veo a mi hermosa rubia que entraba en el teatro de Apolo con dos señores. A los pocos momentos entraba yo también y muy pronto la divisé en un palco con sus dos acompañantes que me parecieron extranjeros y diplomáticos por el aire estirado y las gardenias.

Me figuré que uno de ellos era su hermano y supuse que el otro habría venido también en la embajada. «Por lo visto, pensé, se necesitan dos diplomáticos para traer una birreta.»

Con esto ya no tuve la menor duda de que la joven era sobrina del Papa y en mis adentros felicité a León XIII por su sobrina. ¡Qué hermosa estaba!

Como yo no apartaba de ella los ojos, al fin hubo de notar mi insistencia y... vamos, aunque no la echo de Tenorio, puedo asegurar que no la ofendió mi atrevimiento, pues al mirarme se sonreía.

Esto me dió mucho ánimo y para hacer valer mi figura me quité el pañuelo de la cara. Entonces...

Quiero abreviar mi relato: la catástrofe se aproxima.

Al acabarse la función salí corriendo al vestibulo para ver un instante a mi adorada más de cerca. Aunque iba entre los dos diplomáticos de la birreta, al pasar junto a mí me dirigió una mirada y una sonrisa. Ví el cielo abierto y además ví... Como estaba la acera mojada, para dirigirse al coche la sobrina de Su Santidad se arremangó un poco el vestido y volvió a enseñar las piernas.

Después de esto oí que uno de los gardenias decía al cochero: «calle de Carretas, 72.»

¡Qué noche aquella, lector! Aunque se me deshinchó el carrillo, no me dejé dormir la impaciencia. Apenas fué de día me vestí y empecé a estudiar una declaración amorosa, pues alentado por la actitud... bondadosa de la ilustre dama, me había resuelto a dar un golpe atrevido haciéndola una visita.

En efecto, a eso de las diez me dirigí a su casa y cuando estaba discurrendo en el portal por quién preguntaría, veo en el primer tramo de la escalera a la ilustre dama.

Esta es la mía, pensé; hay que aprovechar la ocasión, y armándome de valor la dije:

—Señorita, ruego a usted que me perdone... vengo sufriendo tanto que me ha sido imposible resistir...

—¡Ah, sí, sí! Ya me hago cargo... Anoche lo advertí. Pero aquí me tiene usted enteramente a su disposición. Suba usted; será cosa de un momento.

Cuando oí estas frases pronunciadas con acento muy extranjero pero no italiano, mi sorpresa no tuvo límites. «¡Cielos! pensaba yo, una mujer tan hermosa y sobrina del Padre Santo por añadidura que se pone a mi disposición a las primeras de cambio y en su propia casa...» Yo creía estar soñando. Pero por sí ó por no y entre dormido ó despierto subí tras ella.

Me hizo atravesar algunas piezas que me parecieron lujosamente amuebladas y me llevó a un gabinete donde con gentil desenfado se quitó el abrigo y el sombrero que tiró sobre un sofá.

—Supongo, me dijo con acento cariñoso, que no tendré necesidad de sacársela. En fin, vamos a verla. Siéntese usted.



¡A LA PELEA!, por Sancha.



Y diciendo esto, me indicaba un asiento de forma particular. Entonces comprendí de pronto todo el horror de mi situación. Aquel sillón de aspecto extraño, los armarios con piezas anatómicas, los instrumentos de acero relucientes... ¡Qué rayo de luz!

La que yo había creído sobrina de Su Santidad era una DENTISTA. ¿Qué habrías hecho tú, lector, en mi caso? Yo me dejé sacar la muela.

ELADIO DE LEZAMA

### Intimas.

Mi apreciable Juan: ha sido tu epistola en mi poder, aunque se debió perder como otras que se han perdido. Tu intención es la más bella; mas no basta la intención, porque es una indiscreción notoria el hablarme de ella... Si sabes—y no eres lerdo—que es ya cosa concluida, ¿a qué renovar la herida con importuno recuerdo? Es cierta tu afirmación de que nunca me ha querido y que fué su amor fingido y fingida su pasión. Pues sabiendo, como sé, toda la triste verdad, la quiero con ceguera y con locura. ¿Por qué? Por que sí; que no hay razón que tal absurdo explicara: si la pasión razonara dejará de ser pasión.

Pídemelo que no la vea, y te podré obedecer.— aunque el verla es un placer en que el alma se recrea. Pídele á mi orgullo, ofendido en aquello que más hiera, que muerta la considere, y serás obedecido. Tengo esa resolución; y á pesar de tal intento, la llevo en el pensamiento, la llevo en el corazón, tan dentro, tan escondida y tan firme á mi pesar, que no la puedo arrancar sin arrancarme la vida. Y no me puedo vencer ni lanzar de la memoria aquella febril historia de inagotable placer; aquellas horas rientes que anudaron nuestros lazos; aquellos fieros abrazos, aquellos besos hirvientes...

### Dime cómo viste, te diré



Un infeliz sin el uniforme.



Un beneficiado.



Un autor silbado.

Sin ninguna duda creo que es una mujer odiosa, funesta; pero es hermosa como sueño del deseo, y su imagen peregrina va reflejada en mi mente como cielo transparente en la fuente cristalina...

Cuanto me dices lo tengo olvidado de sabido. Te estoy muy agradecido por tus noticias. Convento en que me quieres de veras, y ahora me lo has demostrado, porque me has aconsejado las máximas más severas. Si, tienes mucha razón al pedirme que la olvide; pero el que tal cosa pide no conoce el corazón humano, y de sus razones puede inferirse además, que no ha vivido jamás en lucha con sus pasiones,— ó que no las ha tenido, por su desgracia ó su suerte, y así se puede ser fuerte y decretar el olvido...

¡Cuán equivocado estás, por ignorancia ó costumbre! Pídele al sol que no alumbre y al río que vuelva atrás. ¿Qué es pretensión irrisoria? Pues es igual pretensión poner dique á la pasión y frenos á la memoria.

y aquel terrible delirio que nuestro ser absorbía y en el cual se confundía el goce con el martirio...

En mi ardiente frenesí no hay nada que me consuele. Pídele al tiempo que vuele y tenga piedad de mí...

En tan triste situación con tu consejo te dejo; que es inútil el consejo en pleitos del corazón. Medita en lo que te digo y ello te podrá indicar á dónde debe llegar el consejo de un amigo. Y no sientas el engaño de que fui víctima triste, porque en este caso existe consuelo á mi desengaño, recordando este aforismo que aprendí de no sé quién: «Si el amor se finge bien, es para el caso lo mismo».

Y ella, en rigor de verdad, con tal arte lo fingió, que creo que sorprendió á la misma realidad. Cesa, pues, en tu quimera, que va rayando en manía. Yo la olvidaré algún día. ¿Qué cuando? Cuando Dios quiera.

Por la copia,  
FRANCISCO FLORES GARCÍA

Parece ser que no resulta cierto lo de que un señor catedrático de Valladolid vaya borracho á la clase. Más vale así; y yo que en mi artículo anterior habia copiado tal noticia, aunque sin responder de ella, creo de mi deber hacerme eco, espontáneamente, de la rectificación.

No por eso deja de estar esto perdido, que era mi tesis; y al ver tanto egoísmo, tanta ignorancia, tanta miseria, le dan á uno ganas de encerrarse en el ostracismo, aunque sea dándole un disgusto á doña Soledad Gustavo.

¡Ay Soledad, Soledad! En vano predica usted, ó predica, como escribe un estimado colega asturiano; las clases pudientes estamos perdidas; y en vez de escribir artículos cursis y de un romanticismo demagógico del año 48, que es lo único que puede salvar al país, nos dedicamos á nuestras labores ordinarias y, como usted dice bien, digo, mal, nos encerramos en el ostracismo.

Porque, sí, señores; la libertaria doña Soledad Gustavo dice eso, que muchos, en vez de trabajar por la revolución, por el bien de todos, etc., etc., se encierran en el ostracismo.

Por lo visto, cree esta señora, cuyos pies beso, previa informa-

## Palique.

Modas, por CILLA



Con su sombrero hongo y americana va Pepa de paseo por la mañana, y para ver colmadas sus ilusiones sólo se para á ponerse los pantalones.



—Ahí va ese imbécil de Carlos, que hace dos meses tronó conmigo y ya se ha casado con esa cursi. —Ahora verá la diferencia que hay de ella á tí, y más aún de su abrigo al tuyo.



El boa de rigor para visitas.

leo en *El mundo de los periódicos*, así se llama en el siglo Soledad Gustavo, no debe tomar á mal que yo me permita estas libertades en el comentario de los escritos, sin que por ello crea que se le reconoce una beligerancia imposible.

El feminismo es una cosa discutible. El *marinachismo* una cosa insufrible.

La señora Belén Tórrega ó Córrega ó Bórrega, ó como sea, no es de las que se encierran en su ostracismo; y anda por esas provincias de Dios y de Dato, maltratando al clero en general y burlándose de cuantos han tenido la idea de fundar una religión.

Doña Belén (que debiera desnaturalizar el nombre, para mayor emancipación religiosa), la emprende conmigo, según me dicen, que yo no lo he leído, en un papel titulado la *Conciencia al aire libre*, ó cosa así.

Antes de decirle cuatro frescas á la *apóstola*, he preguntado si era guapa ó fea.

Y me han dicho que era guapa.

Y yo, que en el juicio de Friné, hubiera votado con la mayoría, en vez de tratar á doña Belén como á un mono-sabio de la prensa, aguanto el chaparrón de sus improperios...

Y presento la otra mejilla.

Doña Belén, Aspasia de la legua, anda por los pueblos defendiendo la

### quién es, por LEAL DA CAMARA



Una cursi.



Un fatuo.



Un golfo.

libre pensamiento; y hay más de un obispo que la tiene entre ceja y ceja, sin reparar que doña Belén hace mucho más daño al libre examen que á la Iglesia.

Los espectáculos que ofrece á las masas inocentonas, son de la categoría de los que presentaban á la *afición* las señoritas toreras.

Todo el atractivo de las vulgaridades irreligiosas que va predicando esa dama, consiste en que las predica una buena moza. Si en vez de ser doña Belén fuera D. Belén, adiós apostolado.

Pero, de todas maneras; más vale ser una demagoga ambulante, pero guapa y fresca, que una literata discreta, con casa puesta, sedentaria, ... y fea como un coco.

Como acabo de echarle algunos piropos á doña Belén, y á doña Soledad no la he dicho «buenos ojos tienes», podría parecer esto falta de galantería por mi parte; ó se podría sospechar que doña Soledad no es ni siquiera agraciada.

No lo sé. No tengo noticia de las cualidades estéticas de la señora Mane, y por eso nada he dicho del físico de esta señora.

Pero si es guapa, yo no tengo inconveniente en que sea ostracismo lo que ella quiere.

Y á los intelectuales egoístas de mi conocimiento, les aconsejaré que no se encierren en su ostracismo.

¡La ostra abierta es el Estado libre!

CLARÍN

llevar de sus aficiones, publicó algunos trabajos que gustaron mucho entonces y elogiaron los amigos, unos, falsos, y otros, torpes...

Y se pusieron las cosas de tal modo que, una noche, Jorge abandonó su aldea para venir á la corte, trayendo por todo equipo sus versos y sus canciones... y el recuerdo de su madre como amor de sus amores.

Y cuando desvanecidas en las sombras de la noche vió las luces de su pueblo perderse en el horizonte, fué su emoción tan intensa, sintió un pesar tan enorme, que, á ser un poco más blando, se vuelve á su pueblo Jorge; pero acudió á su cerebro y en su cerebro afeórase este trozo de un romance que leyó no sabe dónde:

*En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiera puesto, tiene que ganarlo como un hombre.*

Luchó lo mismo que un bravo contra enemigos mayores que luchan los que esperan lograr lo que se proponen. Trabajó como un valiente

porque gasta en el combate su fortaleza de roble y es víctima al fin y al cabo que deja que la destrocen, y si sube, sube á costa de sacrificios enormes... dejando en cada peldaño su amor propio hecho girones.

Y así fué; cuando el poeta se vió un día enfermo y pobre, y abandonado de todos, y á solas con sus dolores, tuvo miedo, el miedo horrible de quien el riesgo conoce y sabe que si se ahoga consentirán que se ahogue.

Y angustiado por la pena salió huyendo de la corte, vencido en aquella lucha de sufrimientos atroces...

Por la carretera arriba llegó á su pueblo una noche, y al vislumbiar las primeras luces en el horizonte, sobre la tierra sagrada que labraron sus mayores... sobre la tierra bendita cayó sollozando Jorge.

Y en el polvo de la tierra creyó ver escrito entonces este trozo de un romance que leyó no sabe dónde:

*En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiera puesto, tiene que ganarlo como un hombre.*

RAMÓN ASENSIO MÁS

## Cosas que pasan.

(AL INSIGNE POETA SINESIO DELGADO)

*En la mesa de la vida están justas las raciones, y el que quiera puesto, tiene que ganarlo como un hombre.*

SINESIO DELGADO

Jorge era un pobre muchacho hijo de unos labradores que, trabajando las tierras con la constancia del pobre, á fuerza de sufrimientos y á fuerza de privaciones reunieron unas pesetas para dar carrera á Jorge.

Y á Salamanca fué el chico, siendo un completo aldeano, de cuerpo robusto y ágil, de alma cariñosa y noble, y de allí volvió á su pueblo durante las vacaciones hecho todo un señorito por su hablar y por su porte.

Su estancia en el Instituto le abrió nuevos horizontes y despertó en su cerebro esperanzas é ilusiones, y la lectura constante de libros y papelotes formaron al deseo de alcanzar gloria y renombre.

Así pasaron los meses, durante los cuales Jorge, dejándose poco á poco

para conquistar un nombre, con entusiasmos de niño, con arrogancias de joven. Sin protecciones ni apoyos pero sereno y conforme porque no le acobardaban miserias ni privaciones.

¡Ignoraba el provinciano recién llegado á la corte, que no basta valer mucho, ni ser bueno ni ser noble... Hay que saber defenderse contra envidias y rencores y adular á los de arriba y aceptar lo que les sobre!

La escalera de la gloria tiene muchos escalones y los que suben se muelen á puñetazos y á golpes, y al último tramo llegan de cada mil, diez ó doce... y algunos apadrinados que van en los ascensores.

Y pobre de aquel que viene, lo mismo que vino Jorge, trayendo por todo equipo sus versos y sus canciones,



## Puntualidad, por SANCHA



—¿Qué haces aquí, Pepito?  
—Espero á mamá, que me citó á las tres; pero como la conozco, he venido á las cinco y todavía no está.  
—¡Ay, no la conoces bastante, hijo mío.

## Anuncio libre.

La publicidad es garantía de justicia; auxiliar poderoso del comercio y de la industria, fuente de ilustración, manantial de moralidad, arroyo cristalino...

—¡Para, Sullivan!—Como gritó desde la galería un guasón, en un teatro de Málaga, en viendo á un actor atrevido «haciendo de Sullivan, con su esclavina y sus botas altas.» ¡Sullivan, la obra favorita de Julián Romea!

Pues bien, me mareo en cuanto empiezo á excederme en el estilo y no tengo más remedio sino parar en seco.

La publicidad es hermosa.

Por ella supimos la entrada de los boers en el país Natal; la retirada de Guerrilla á la Córdoba de sus mayores; las bodas de unos, el alumbramiento de otro y su primera cura en la Casa de Socorro del distrito correspondiente; el empleo, la cruz, la *patá* que se concede á unos y á otros, respectivamente á su clase y merecimientos... *¿no?*

Sin el anuncio no habría las facilidades que hoy encuentran los comerciantes, las empresas de teatros, las nodrizas, los autores, los cómicos, los oradores sagrados ó profanos del todo, para vender, declamar, criar en casa de los padres ó en casa con dos puertas, con el aprovechamiento debido.

—No anuncie usted y se cae.

Este aforismo particular, es de un tendero mi amigo, muy afecto á la publicidad.

Como que en cierta ocasión cerró por algunas horas su establecimiento y en un cartelito comunicó á los parroquianos y amigos: «Cerrado hasta las seis de la tarde para dar lugar al feliz alumbramiento de los dueños.»

Sin el anuncio ¿cómo habría de saber el hombre de la existencia de restaurantes benéficos, en los que por dos pesetas, le brindan con ocho platos, cuatro postres, vino y pan á discreción y entremeses en verso?

Allí la rica sopa de tortuga consorte; el deleitoso Chateaubriand con «trusas de Perogordo»; la lubina parlante, el flan de Altos Hornos...

Gracias á la publicidad se entera el ciudadano necesitado, de la existencia civil y criminal de varios restaurantes y de diversos manjares desconocidos hasta el día para los parroquianos y para la muchedumbre indocta.

Por los anuncios, sabemos dónde vive un dentista, dónde un pedicuro; dónde están los teatros, lo que *echan* en los teatros, á quién echan de algunos teatros, que es al público.

Por los anuncios sabemos que ya no quedan más sordos, que los peores, los que no quieren oír, puesto que un especialista ó varios especialistas «han dado el grito» de

«No más sordos».

Sabemos que no se conservan más calvos que los escapados milagrosamente del furor de algún autor de específicos, que escribe furioso:

«¡No más calvos!»

Los anuncios nos guían á las almonedas de todo, á las farmacias en busca de grageas, cápsulas, sellos para combatir y curar la *migraine* y los cólicos del *Trovador* y de *Traviata*, y la *almorra...vanes*, según las titulaba un farmacéutico sumamente discreto.

Todo esto es verdad, pero...

Se vé á diario algún anuncio, bien sea en la prensa ó bien en la tribuna, ya en la cuarta plana como en las esquinas y en los *templos de desague público* particularmente, que ponen *le poil en point*—frase de un eminente publicista.

Anuncios que no debieran llegar á la vista de señoritas y niños ni menores de ambos sexos.

Anuncios que en los adultos é inteligentes ponen espanto.

¡Ah! Si las autoridades sufrieran idénticas necesidades que los demás mortales, y vieses en estos *centros de liquidación* libre, ciertos anuncios!...

Saldrian horrorizadas.

«Basta de pur...»

Se supone que de purgas.

«¿V... S...? ¿... I...?»

¡Oh, dioses! ¡No hay escape: ¿ó E. ó I. ó S. V.?

¡Horrible dilema!

—¡Espantosas cápsulas ó cláusulas!—como decía Mariano Antón (Q. E. P. D.).

Buena es la publicidad, bueno el anuncio.

Pero sin abusar de la timidez y de la inocencia de las gentes.

EDUARDO DE PALACIO

## Tête-à-tête.

—Y bien; solos estamos después de haber tenido aquella escena donde yo demostré mucha templanza y usted mucha violencia.

El momento era grave; yo quería contenerme á mi vez, porque si hubiera recogido en el acto sus insultos nos hubiéramos roto la cabeza.

Afortunadamente, pude entonces mis nervios suavizar como la seda, y aguanté sus desplantes y sus gritos por ella nada más; sólo por ella.

No trato de negar lo que sería negar ya la evidencia;

usted nos sorprendió cuando del crimen dimos los dos irrecusable prueba.

Ahora que ya ha pasado aquel momento, más espantoso aun por la sorpresa, cálmese usted y á ver si aquilatamos el valor efectivo de la ofensa.

¿Usted la quiere? No; ni la ha querido; porque si la quisiera,

en vez de abandonarla de ese modo dejándola sumida en la tristeza,

sufriendo las nostalgias amorosas que sufre una mujer joven y buena

que se casa soñando con un mundo de goces puros y de dicha eterna,

la hubiera usted tratado de otra forma siendo el esclavo usted y ella la reina.

Peró en vez de cumplir con todo eso

le gasta usted su hacienda pasándose la vida entre mujeres

que venden sus caricias á peseta,

jugando al *bacarrat* en el Casino ó entre chulos metido en la taberna;

dejando que las luces de la aurora

enmedio de la calle le sorprendan

para llegar á casa sucio, roto, apestando á licor desde una legua,

con el cuerpo rendido

y la mirada estúpida y obscena,

llevando los vapores de la orgia al lecho donde duerme la inocencia.

¿Es esa la verdad? ¿Puede usted acaso decirme que exagero ni una letra?

¿No lleva usted dos años de esa vida que maldito si en algo le avergüenza?

¿Que usted le hizo el depósito sagrado del honor de su nombre? ¿Quién lo niega?

pero usted es el primero que ese nombre con rufianes y chulas pisotea.

¿Que usted es hombre y los hombres por lo mismo tienen derecho á hacer lo que ellos quieran,

sin que la sociedad se escandalice ni formule por eso su protesta?

Me parece muy bien y no me asombro de que tal injusticia se cometa;

pero al lado de absurdo tan horrible se levanta con fuerza

la figura radiante de la esposa

que ilumina el hogar con su presencia,

y que tiene la fuerza del derecho

si usted tiene el derecho de la fuerza.

Peró si á más de que el marido falta

también el hombre sin su amor la deja, ya que merma el derecho de la esposa

¡no le niegue el derecho de la hembra!

FÉLIX LIMENDOUX



## París al vuelo.

¡El ocultismo! Si, el ocultismo ó la *ciencia maldita*, ó como ustedes quieran llamarle. Y en pleno París nada menos. En la rue de Savoie hay una escuela ocultista, donde se enseña la Kábala, la Astrología, la Alquimia, las Artes evocatorias, los misterios de las lenguas antiguas, la magia blanca... Para aprender todo esto se requiere ser un *iniciado*. ¿Y qué es un *iniciado*? Un hombre que *sabe*, un hombre que se *atreve*, un hombre que *quiere*. Lo cual, como ustedes ven, no puede ser más claro. Como un artículo de Miguel Unamuno ó una poesía de Lugones, vate argentino, de la escuela *rubendariaca*. No se crea que se trata de magos de *brasserie*, de *jongleurs* ó de echadoras de cartas. No.

Los que enseñan todos esos *infundios*, que dicen en Andalucía, son verdaderos sabios que no usan ni bonetes, ni barbas de nigrománticos, ni melenas de músicos, ni actitudes de pitonisa. Según cierto diario parisiense, uno de esos profesores (porque son tres, como los ratas de *La gran vía*), Barlet, «es el cerebro más sólidamente metafísico que ha producido Francia, después de Hipólito Taine», ó *Enrique Taine*, como le llama Palacio Valdés en el prólogo de una de sus novelas. Es el autor de *La Evolución de la Idea*, que yo no he leído. (Aprenda modestia doña Emilia).

Al decir de aquel diario, á Barlet nadie le conoce en Francia; pero —y váyase lo uno por lo otro— en Alemania se le cita á menudo y se le alaba... en latín, para mayor claridad: *vir egregius, vir eminentissimus*...

Lo mismo ocurre con *Larmy*, autor de las *Mujeres del Evangelio*: es muy conocido en la América del Sur, y casi nadie sabe de sus sonetos bíblicos en España. *Larmy*, en cuanto á poeta, no vale más que Grilo. Otro de los profesores ocultistas, se oculta, claro, bajo el pseudónimo de *Papus*. Es discípulo del Dr. Luys, autor de un libro sobre el cerebro y sus funciones, que he leído.

*Papus* tiene treinta años y ha escrito más que doña Emilia — escribir es! — aunque mucho mejor. Ha escrito, sobre todo, principalmente de filosofía. «Abismo de erudición» llama ese mismo periódico á *Sedir*, el tercero de los ratas, digo, de los profesores de la escuela ocultista. Cuenta veintiocho años (parezco una estadística), y, amén de saberse de memoria á los místicos alemanes, habla el hebreo y el sánscrito como hablo yo el español.

El teatro en Francia no está en decadencia, como suponen muchos, como no lo está tampoco en España, dijere lo que dijere el difunto Cañete (que en sus crónicas teatrales descansen). El verdadero teatro español del día hay que buscarle, no en lo dramático, sino en lo cómico. No crean ustedes que por aquí abundan los Vital Aza, quien, para mí, ha sido, y sigue siendo, uno de los ingenios más graciosos, espontáneos y originales de Europa (sin hipérbolo). Cuando presumimos de trágicos, la echamos á perder. No somos trágicos sino cuando nos tiramos los trastos á la cabeza. Nuestra indole no es *lirica*, sino *cómica*, á no ser que se confunda el *lirismo*, el *auténtico*, con la *retórica*. Entre los franceses noto algo de eso también. Sus mejores obras escénicas son las cómicas, incluyendo la comedia sentimental.

Puede que entre los modernos, sólo Henri Becque pueda merecer con justicia el calificativo de *dramático*. Por eso, tal vez, no gusta, como debiera, Shakespeare, cuyo *Otelo*, representado no ha mucho, despertó en el público un movimiento de repulsión.

—¡Matar por celos! ¡Qué salvaje! Claro, en el país clásico del *ménage à trois*!

En cambio, cómo gusta lo picaresco, lo jocoso, lo *blague*, lo pornográfico. *La dame de chez Maxim's*, cuya protagonista es una coqueta del *Moulin Rouge*, y *Le Vieux Marcheur*, cuyo protagonista es un viejo libertino, llevan ya centenares de representaciones. Ambas piezas *copian* la vida parisiense con su falta de sentido moral, con sus chistes licenciosos, con su descaro nativo, con su burla fina, superficial y cáustica de lo convencional y falso. Los autores no se andan con paños calientes. Dicen las cosas como suena. *Le mot de Cambonne* vibra claro y argentino en la boca de la protagonista en *La dame de chez Maxim's*, sin asombro de nadie, antes con regocijo de todos. *Allez, donc, c'est n'ets pas mon père!* (Traducción libre: ¡Viva la Pepa!).

Por muchas razones que sería largo explicar, en París la sensibilidad está como embotada. Mucho de eso que algunos llaman *refinamiento* no es sino neurastenia. Se vive mucho y muy deprisa, y el pobre sistema nervioso paga el pato. De aquí que lo muy hondo, lo verdaderamente complejo (no lo *retóricamente* complejo, á lo Paul Bourget) apenas asoma la cabeza en el teatro.

Las comedias sentimentales de Porto-Riche, autor que me gusta mucho, no contienen ningún problema psicológico íntimo, ningún carácter de esos que *quedan*; son enredos amorosos, más bien lascivos, de gente *blasée*, habituada á cambiar de amores como de camisas. Reflejan admirablemente la *temperatura* fisiológica; la ligereza de esta alma francesa, móvil y tornadiza, incapaz de sentimientos arraigados y de inconsolables tristezas.

La mujer engaña al marido, el marido engaña á la mujer, y aquí no ha pasado nada. No corre una gota de sangre. Un análisis minucioso de la sensación nos daría la clave de esta indiferencia de los espíritus, de este impulso de la carne en esta Gomorra del cuerpo y Jerusalem de la inteligencia.

El atractivo que pudiera tener el adulterio — el marido — no existe, desde el momento en que éste deja de ser un obstáculo. No hay

drama posible donde la pasión no tropieza y lucha. Un marido que se va, cuando entra el amante (cosa corriente en París) tiene que convertir forzosamente en comedia ó en sainete la infidelidad de la esposa.

El chiste de Quevedo es también aplicable á Francia: «Llegará día en que se aren los campos con maridos.» Y los amantes llevarán el agujón.

Si algún francés que me lea, se atufa, le recomiendo la lectura de *Notes sur Paris*, de Taine. En ese libro encontrará observaciones como esta: *En toda francesa hay una madame Bovary*.

Cuestión de raza y de temperamento. No censuro, *constato*, como diría Unamuno.

FRAY CANDIL

## Fruslerías.

Que el Señor á sus ruegos no accedía ayer al confesor le dijo Irene, y el confesor le dijo: — Hermana mía, sólo concede Dios lo que conviene.

É Irene, que jamás ha conseguido que un hombre en conquistarla se entretenga, hoy dice con acento conmovido: — Señor ¡dadme cuanto antes un marido... aunque no me convenga!

Me ví obligado á marchar hace algún tiempo á París y fui sin saber hablar el idioma del país.

—¿Quién me entenderá, decía, hablando sólo español?— Y cuando esto me ocurría ví á una mujer como un sol.

Con el mayor interés ciego de amor la seguí y aunque me miró en francés... ¡En seguida la entendí!

No te extrañe, mi bien, que haya acertado tu sueño, sin que tú me lo dijeras, pues cualquiera lo hubiese adivinado. Si te levantas tarde y con ojeras, ¡cómo no he de saber lo que has soñado!

Aunque está lejos el día de nuestro enlace esperado, para cuando seas mía todo está ya preparado.

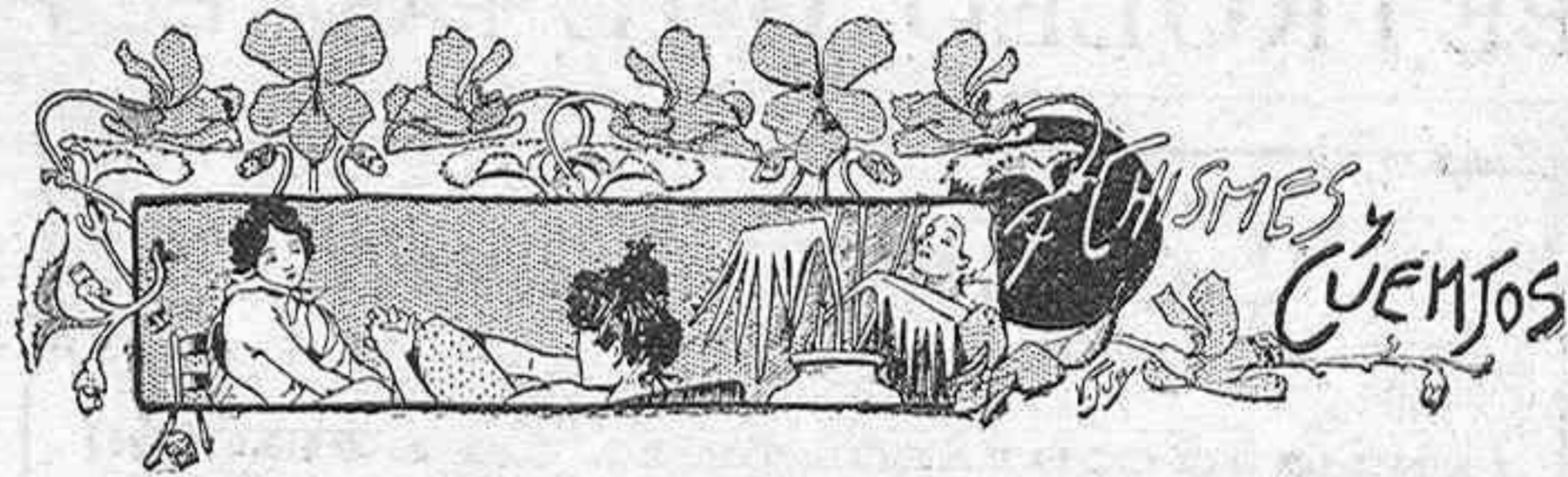
La casa, que ha de ser nido de incomparables venturas; tu tocador, tu vestido, los muebles, las colgaduras, la cubierta que has bordado para cubrir nuestro lecho y el azahar que has comprado para lucirlo en tu pecho.

Ya nos podemos casar en paz y en gracia de Dios. ¡Lo de menos, es pensar si nos queremos los dos!

—¿Qué harás si yo me muero?— me suele algunas veces preguntar, y pensando en lo mucho que la quiero, yo le respondo: — Espero que si te mueres tú, te iré á buscar. —

También yo he deseado hacerle igual pregunta más de un día, pero he tenido miedo y he callado. ¡La quiero demasiado para querer saber lo que ella haría!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY



Allí estaban las de Picadillo, las duquesas de Escupejumos y las otras y las condesas y las marquesas y los pimpollos... ¡Ah! Se cantaba *Rigoletto*.

—Hoy por hoy, estoy con el Sr. Silvela.

—Bien, general.

—Sin perjuicio...

—¿De banderillar?

—De que si mañana me cansa, se lo diga cara á cara.

—¡Olé, los hombres *reptos*!

El Obispo de Oxford, muy señor nuestro, ha recordado al Emperador Guillermo, que la primera vez que visitó el castillo de Windsor



y fué en 1863, es decir, cuando el entonces Kromprinz tenía cuatro años.

¡Qué recuerdos!

Según el señor Obispo, Guillermo mordió en las pantorrillas á sus señores tíos; que no le dejaban moverse y jugar.

Cosas de criaturas.

*Un esteta.* — ¡Los boers han roto un globo aereostático á balazos!  
*Otro idem.* — ¡Ay! ¡Chico! ¡Qué puntería tienen esos indios!

— ¿Ha visto usted á los hermanos Alvarez y Quintero?

— No señor, ¿dónde?

— Si vé usted cómo aciertan.

— ¡Ah! También aciertan los hermanos Perrin y Palacios.

— Esos no son hermanos.

— Sí, señor, en letras.

### Primer certamen del Madrid Cómico

Señores: Tenemos el honor de participar á ustedes que hemos pensado abrir un concurso, con las circunstancias siguientes:

Ofrecemos un premio al individuo que, con más ingenio y más gracia, conteste á esta pregunta:

«¿CUÁL ES LA MAYOR INOCENTADA?»

Las respuestas han de ser sumamente breves, admitiéndose como máximo tres líneas de prosa ó una quintilla *en verso*. Y habrán de remitirnos galantemente acompañadas de las señas del domicilio y de la firma completa del autor.

El que no supiere escribir su nombre, que escriba otro nombre cualquiera.

La publicación de las contestaciones, comenzará en el número próximo y terminará en el del 30 de diciembre, que es el más inmediato al día de Inocentes, en honor de los cuales abrimos el concurso.

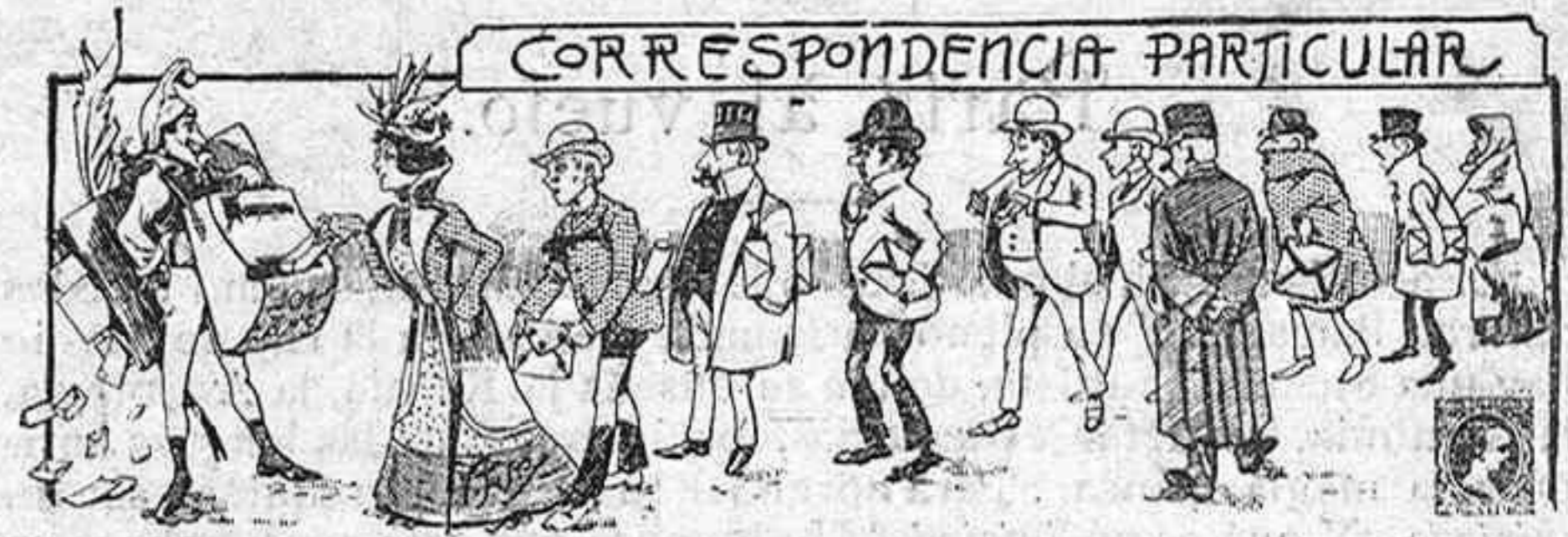
Respecto al plazo de admisión, la respuesta que no haya llegado á nuestras pecadoras manos antes del martes 26 de diciembre, podrá volverse por donde haya venido, pues ya no será recibida.

El premio consistirá (¡friolera!), en la publicación de la caricatura del agraciado hecha por Cilla, Sancha, Navarrete, Rojas ú otro de los artistas que nos dibujan; más la suscripción al MADRID CÓMICO por un año; más una pareja, no amorosa ni de la guardia civil, sino de figuras de porcelana.

Oportunamente publicaremos los nombres de los jueces que han de intervenir en el asunto.

A los guasones (¡nunca faltan!) aficionados á enviar á estos certámenes respuestas... impúdicas, les rogamos que se abstengan de hacerlo; porque no habiendo de publicarse sus engendros ¿qué van ganando con molestarse? ¡Nada!

Vengan, pues, contestaciones ingeniosas y Dios nos dé salud para ver el feliz término del concurso. Amén.



JUSTO CABAL. — *Barcelona.* — A los nombres Pura y Casta se les ha sacado ya punta en todos los tonos imaginables. En la forma de los versos de usted, hay incorrecciones mayúsculas. Y en el fondo no hay ni eso siquiera. ¡No se vé nada en el fondo!

J. DE H. — Según nuestra humilde opinión, cuando las tonterías están expresadas con gracia, dejan de ser tonterías. La de usted lo sigue siendo por ahora. La fantasía puede publicarse. ¿Cuándo? ¡Ah! Eso es un misterio.

KLEIS. — Lástima que no esté mejor explotado el asunto de la viuda y el amigo, porque tiene su miaja de gracejo y todo; sí, señor.

PIERROT. — Es desesperante esto de recibir composiciones que están bien hechas, pero que no tienen saliente. Sería preferible recibir atrocidades; porque podrían ser desechadas desde luego sin remordimiento alguno.

J. VENENO. — Ni fú, ni fá.

J. M. G. — Ni fá, ni fú.

MISTER A. — *Málaga.* — Si tuviera el romance tantos chistes como incorrecciones, ¡buen ratito de risa pasaría el lector!

R. M. B. — Tenemos el gusto de participar á usted que hemos recibido sus *Cabos sueltos*.

Así como hay muchos cabos que son valientes ó bravos, no es la cosa más corriente que un cabo sea inocente, y esos cabos que ha hecho usted son inocentes *per sé*; por lo cual no hay que dudar que no se han de publicar.

G. F. — Sí, señor, se publicará *El reparto*, si el tiempo lo permite.

UN MAL PRINCIPIANTE. — *Córdoba.* — La descripción del esteta es demasiado viva. A los cantares y á las otras composiciones les pasa lo que á los que están buenos, gracias á Dios. ¿Sabe usted lo que les pasa? Pues que... no tienen novedad.

PAN FILO. — Los versos de usted tampoco la tienen. Y aparte de esto, á un poeta que se firma Pan hay que exigirle versos que tengan miga.

M. F. C. — *Zamora.* — Haremos un huequecillo á los epigramas.

F. H. A. — Los cuentos requieren dos condiciones: primera, tener gracia; segunda, estar bien contados. Ese de usted no está bien contado; pero, en cambio, tampoco tiene gracia.

A. C. — Hemos visto cosas de usted mejores que *La decepción*. ¿Por qué razón nos manda usted lo menos bueno? ¡Esa conducta es criminal!

J. C. — Si le dijésemos á usted que esas quintillas eran malas, mentiríamos como bellacos. Pero para ser publicadas aquí, necesitarían tener más fuerza. Y no es que pretendamos comparar las quintillas con los mozos de cordel. Es que... en fin, ya nos comprende usted.

SANTOS ZERAUS. — Dice usted en su quisicosa:

«¿Quién resistir podría sin sonrojos la mirada expresiva de tus ojos?»

¡Vaya usted á saber quién podría resistirla! ¡Porque hoy hay gente para todo!

MADRID: 1899.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID  
Tres meses, 2,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.

PROVINCIAS  
— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Pesetas 0,25 línea.



UNIÓN POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 línea.

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

PETRÓLEO GAL PARA EL PELO Echeandía, ARENAL, 2.

LORENZO PÉREZ

SASTRE

(ANTIGUO CORTADOR DE LA CASA MUNSURI)

Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES \* LIBREAS \* ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composuras, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.



MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.